

**EL VELO DE ISIS XV**  
**LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA**  
Simbad el Marino

Escuchamos al esportillero (el que transporta materiales) quejarse de su suerte, o sea sintiéndose víctima de la vida, no el que tiene el valor de manejarla, y al escucharle Simbad, le hace ver que todos pasamos por pruebas, cada uno de diferente forma.

En el primer viaje confunden una ballena con una isla y al encender fuego, descubren su error, caen al agua y sólo él se salva, llegando a una isla real, donde encuentra una yegua (o sea un medio de transporte) y escucha entonces la voz cavernosa que le habla desde del interior de la tierra, aconsejándole entrar en la gruta, donde están los palafreneros del rey que custodian la yeguada y esperan al caballo marino que una vez al año aparece para procrearlas. Es decir, entrando en nuestro interior logramos reproducirnos.

De ahí va al muelle de la ciudad, donde encuentra sus pertenencias, que el capitán ya había incrementado al comerciar con ellas, con idea de entregarlas a los herederos del que pensó que había fallecido al caer de la ballena. Siempre se puede encontrar en nuestro camino por la vida, personas integra y honestas que respetan la propiedad ajena y la entregan a su legítimo dueño o herederos.

Emprende un nuevo viaje, llegando a otra isla, en la que se queda dormido y sus compañeros le abandonan. Esto te demuestra que no puedes andar dormido por la vida, y que aunque parezca una traición, cada uno de ocuparse de sus propios asuntos y caminar su paso, respetando la voluntad ajena.

En esta isla, confunde una montaña blanca con lo que es realmente el huevo del ave.-roc, y observándola ata su turbante a su pata, para lograr salir de allí, lo que consigue llegando a un valle lejano, donde no había salida, pero estaba repleta de piedras preciosas, observando que algunas personas tiraban carne para que las aves se la llevaran y con ella todas las piedras preciosas que habían quedado sujetas a ella. Después iban al nido y las recogían, lo que nos demuestra la capacidad humana de ingenio, para conseguir lo que parece inalcanzable, pero hay que cuidar evitar la avaricia, pues los que habían ido a recoger al nido las piedras, encuentran también el huevo que el ave tenía esperando que naciera y , a pesar de los consejos de Simbad, lo abren y se lo comen. Lógicamente llega el ave y se los come a ellos.

Simbad escondido, lo observa todo y cuando no está el ave en el nido, recoge todas las piedras preciosas y se va de nuevo atado a la pata del ave, saliendo de allí mucho mas rico que antes. Observar, ser prudente, evitar la avaricia y no dañar la propiedad valiosa de los hijos de los demás, evita que éstos tomen venganza. De nuevo se lanza al mar, con su deseo de viajar, que en realidad es ir descubriendo lugares y emociones en nuestra propia vida.

Encuentran una nueva isla, a la que llegan después de haber sufrido una tempestad, encontrando allí numerosos enanos, que a pesar de su pequeño tamaño pero siendo numerosísimos, los vencen y ello no les atacan por consejo del capitán. Los enanos se llevan el barco y les dejan allí abandonados a su

suerte. El mensaje aquí es que no menosprecies, a nadie por pequeño o enano que te parezca, pues como la unión hace la fuerza, al ser numerosas energías de la tierra, y estar unidos, pueden vencernos.

Caminando llegan a un palacio de ébano, o sea oscuridad, que tiene las puertas abiertas, y al entrar ya quedan paralizados. Aparece un enorme ser oscuro, con un solo ojo, que no tiene reparos en asar a uno de ellos para calmar su hambre. El ingenio de Simbad, hace que al ver dormido a este gigante, caliente el asador y con él consigue dejar ciego al negro. Así todos pueden escapar y hacer una balsa para salir de allí. Es decir, ante cualquier peligro o adversidad, hemos de utilizar el poder del pensamiento para buscar soluciones, no quedarnos paralizados sin hacer nada.

Consiguen salir de allí, llegando a otra isla habitada por una monstruosa serpiente, que engulle a uno de los tres supervivientes, escapado los otros dos y lograr encontrar un barco que los libera y transporta a la isla de donde se extrae el sándalo, llamada Salahat.

Allí, le ofrecen comerciar con el material de un compañero que habían dejado olvidado en una isla, lo que resulto ser sus propias mercancías al tratarse de él mismo y nuevamente las recupera. Le piden perdón, por haberlo dejado abandonado, y Simbad logra una gran fortuna. Es evidente que reconocer los error, y pedir perdón es siempre beneficioso para ambas partes.

En el cuarto viaje a Persia, los cogen prisioneros y tratan de engordarlos para luego comérselos. Simbad, observador, come poco y se libra por desmedrado y flaco, logrando escapar.

En el quinto viaje, le obligan a casarse con la hija del Rey, por agradecimiento a su enseñanza de usar estribos para manejar los caballos. Al morir su mujer y siguiendo la costumbre, los entierran juntos y para sobrevivir ha de matar a las parejas que quedan vivas como él. Camina por la galería, logrando encontrar la salida y se encuentra fuera de ella a un hombre impedido, que le pide lo traslade al otro lado del río, subido en sus hombros. Acepta y se encuentra que el anciano se ha colocado sobre él bien sujeto y no consigue quitárselo de encima, lo que nos indica que no hemos de cargar sobre nuestros hombros o espalda, la vida de otros, y para lograrlo hemos de ingeniarnos como Simbad, dejando que el otro pruebe lo que nos tiene felices, y es así que emborracha al viejo y se libera de él.

En la siguiente isla, su sexto viaje, llegan a una isla repleta de palmeras y cocos, donde son recibidos por monos, a los que ellos les tiran piedras que los monos contestan tirándoles cocos, que recogen y lograr cambiarlos por especias, pimienta, madera de aloe, etc. que venden a buen precio y aumentan las riquezas de Simbad.

En el siguiente y último viaje, recibe el mensaje del Califa para que Simbad lleve regalos y respuesta del Califa al Sultán de las Indias, y él obediente acepta y se embarca de nuevo, siendo muy bien recibido y reconociendo el regalo y obsequios del Califa, realmente valiosos.

Al regresar son atacados por unos corsarios, muriendo muchos de ellos y quedando Simbad como esclavo, siendo comprado por un rico comerciante que le

ordena cazar elefantes con arco. Un día uno de esos animales, lo coge con su trompa, y se lo lleva sobre su lomo hasta el cementerio de los elefantes para evitar que les siga matando. Lógicamente, ese lugar repleto de marfil, buscado siempre por cazadores y difícilmente encontrado, resulta de nuevo ser una fuente de riqueza para Simbad.

La isla es el símbolo de cada uno de nosotros, seres únicos e irrepetibles en el océano de la Vida, cuidando nuestra tierra.

Así vemos que sin amedrantarnos por lo que nos pase, podemos poco a poco salir de situaciones difíciles, de las que siempre podremos lograr beneficios, ya que en ese camino y experiencias, somos cada vez mas sabios o lo que el mundo considera, mas ricos.

C.E.A.

## EL VELO DE ISIS

### Capítulo XV

#### Comienza el “Libro de las Iniciaciones” con la descripción de los viajes iniciáticos de Simbad el Marino

Ojeada general a los capítulos que preceden.—Todos ellos, en síntesis, se refieren a los seres de lo astral, es decir, a los elementales de la tierra, el agua, el aire y el fuego, a los que el héroe o candidato a la iniciación tiene que vencer sucesivamente, sometiéndolos a su dominio mágico.—Las ordalías del Sendero.—“Los últimos, los primeros”.—El mito del sportillero y sus dos ramificaciones de “El libro de los calendas, con las tres princesas de Bagdad” y el de “Simbad el Marino”.—Los siete viajes simbólicos de este héroe.—Primer viaje: la ballena, el anciano de la gruta, las riquezas fabulosas y los timbales invisibles.—Segundo: la Isla deleitosa, el durmiente y el Ave-roc.—Tercero: la Isla de los liliputienses, los palacios de jinas y cíclopes, el árbol de la Tau.—Cuarto: la caída, el Pozo, la vida entre los muertos, el Monstruo marino, la Isla de las campanas, la esclavitud fatal y la liberación.—Quinto: el desastre del Huevo de roc, el anciano vampiro y el Vino de la espiritualidad.—Sexto: camino de Samarcanda y de India, la Montaña inaccesible y el Vaso gigantesco de rubí.—Séptimo: la embajada a Serendib, los ladrones y el elefante del bosque.—Comentarios a todos estos viajes.

Antes de continuar en el examen ocultista del maravilloso libro iniciático de Las mil y una noches, conviene que, terminada lo que podríamos llamar primera parte de nuestro estudio y a punto de empezar la parte segunda del mismo, echemos una ojeada general y sintética a los capítulos que preceden.

En el capítulo primero estudiamos la tesis fundamental de la obra, que no es simbólicamente sino la propia del argumento de este terrible drama humano al que llamamos “Vida”: un estado de primieval felicidad; el dolor inmenso de una gran caída; la sentencia fatal de muerte que es su consecuencia y, por último, la prolongación indefinida de tamaña fatalidad gracias a los poderes divinos del Hada-Imaginación. El capítulo segundo desarrolló una variante hermosa de dicho tema básico, con lo que ser ha podido quizá introducción primitiva del gran libro.

En los capítulos sucesivos se ha mostrado algo así como el panorama total del mundo invisible que nos rodea y para cuya visión efectiva y real nos falta, ¡ay!,

un ojo: el de la intuición, el de Dagma o el del cíclope, mundo que podemos conocer intuitivamente. Así del III al VIII (“Libro del Pescador y de los Mareds”) los temas de los cuentos examinados se han referido siempre fundamentalmente a “los elementales, o espíritus de los elementos, que habitan en el seno de las aguas”, como se han ocupado siempre de los “genni” o “habitantes elementales del seno de la tierra” los capítulos IX al XII, y de los “seres elementales del aire y del fuego”, en fin, los capítulos siguientes hasta el XV.

Pero, después de dársenos así el panorama, no muy agradable por cierto, de los seres más o menos perversos que invisibles nos cercan, y a los que hay que vencer si queremos conseguir la liberación de las cadenas terrestres con las que ellos nos aprisionan, viene ahora una segunda parte, más seria e importante: la relativa a “las iniciaciones”, o sea a la manera única que tiene el hombre –¡sér divino, venido del espacio sidéreo y triste peregrino en este mundo, que transitoriamente le aprisiona por su cuerpo de barro–, de vencer y someter a su pleno albedrío a esta caterva de terrestres entidades, cual simbólicamente lo realizaban los caballeros andantes de la leyenda con los endriagos, vestigios y demás monstruos, estos mismos monstruos que pretendieran cortarles el camino.

De aquí el título de “Libro de las iniciaciones” que asignamos a esta parte segunda, libro apoyado desde el primer momento en un célebre personaje: el mozo de cuerda o el joven esportillero, el cual corre parejas con el pobre pescador Juanillo antes visto, hasta el punto de que, para nosotros, entrambos constituyen un personaje único, prototipo de todos los desheredados de aquí abajo, quienes, sin embargo, arriba, fuera ya de la Tierra, serán los privilegiados y preferidos, al tenor de la sentencia ocultista de Jesús cuando enseña que “en el reino del Padre –o sea en “el otro mundo”– los últimos son los primeros”.

Y este personaje extraño, triste, solo, ignorante, despreciado y mísero, paria de la sociedad y de sí mismo porque está comenzando, a bien decir, la iniciática carrera de la vida, se halla dotado, sin embargo, de nativa espiritualidad con la que, como único bagaje, se presenta en la escena iniciática buscando al que ha de enseñarle bondadoso el camino donde le aguarda, cruel, tanta y tanta lucha. ¡Y, como le busca, le encuentra, empezando para él así la terrible ordalía del Sendero!

De este tronco único surgen al punto dos grandes ramas; al describir las andanzas iniciáticas del “esportillero-candidato”: la representada por “El libro de

las aventuras del esportillero con los cinco calendas y las tres princesas de Bagdad”, que suele verse al comienzo de los textos y que nosotros daremos en el capítulo próximo, y el de Simbad el Marino, que describe los “siete viajes iniciáticos del héroe”, aunque trastrocándolos y disfrazándolos, como sigue:

### **Historia de Sindbad, el marino (1)**

Bajo el reinado del califa Harum-al-Raschild había en Bagdad un pobre esportillero llamado Hindbad, quien cierto día, fatigado de su trabajo, se sentó frente a una magnífica casa, de la que salía un delicioso tufillo de banquete y en la que se oía gran algazara y concertadas músicas. Acercándose, le dijeron los criados que su dueño Sindbad daba una gran fiesta después de haber recorrido con su buque todos los países que el sol alumbraba.

–¡Poderoso Creador de todas las cosas! –exclamó Hindbad, sin poderse contener–. ¡Que unos tengan tanto y otros tan poco! ¡Esto no es justo!

No había acabado el esportillero su frase de despecho, después de dar una gran patada en el suelo, cuando un criado llegó a hablarle, conduciéndole al banquete de parte de su señor, que le había oído. Este último, haciéndole sentar a su lado entre otros muchos comensales, le dijo:

–Quiero sacarle de su injusticia y de su error pensando que todo esto haya podido adquirirlo sin trabajo. Oíd mi historia y juzgaréis.

Entonces el anfitrión contó sus aventuras en estos términos:

“Yo había heredado de mi familia cuantiosos bienes, que disipé en mi loca juventud. Entrando luego a cuentas conmigo mismo, comprendí que las riquezas, como dijo el rey Salomón, eran perecederas, pero que era el colmo de las desgracias el llegar a verse pobre en la vejez. Temeroso de ello, junté los restos de mi fortuna y me fuí a Balsora para consagrarme al comercio, emprendiendo el derrotero hacia las Indias. En aquel mi primer viaje crucé delante de muchas islas y desafié grandes peligros, uno de ellos cuando bajamos a descansar en un islote, que resultó ser una ballena. Al sentir ésta sobre sus lomos el fuego que hiciéramos, nos arrastró a todos al mar. Yo sólo pude salvarme gracias a ser buen nadador, tomando tierra en una solitaria isla. Allí comí algunas hierbas y bebí un agua exquisita. En la llanura divisé una yegua, y al acercarme oí una cavernosa voz que me hablaba desde el interior de la tierra. El que así me hablaba era un anciano que me hizo penetrar con otros desconocidos en una gruta, donde me dijo que todos aquellos eran palafreneros del rey Mihrage, señor de la isla, quienes custodiaban la yeguada de un caballo marino. Este caballo sólo se presentaba de año en año, y las crías que así nacían eran todas consagradas al rey.

Ya en la ciudad, que resultó ser rica y hermosa, los sabios del rey Mihrage me enseñaron otras muchas cosas grandes, entre ellas la que cerca del reino había otra isla llamada Casel, residencia del genio Degial, donde todas las noches sonaban timbales invisibles. Vi también peces extraños de doscientos codos de

largo y otras mil maravillas increíbles. Por último, mi sorpresa rayó en asombro cuando, al pasearme por el muelle, vi unos grandes fardos con mi nombre encima, y preguntando al capitán del buque que los acababa de desembarcar, éste me dijo que pertenecía a cierto Sindbad, que había muerto al tomar tierra sobre el lomo de una ballena. "He comerciado –añadió– con ellos, y se los reservo a sus herederos."

–Excuso añadir –terminó el anfitrión diciendo–, que me di a conocer a aquel honrado marino, y que el producto de mis mercancías aquellas fueron la base de mi nueva fortuna.

El rico Sindbad hizo pausa en su relato, mientras que levantados manteles, empezaron a servir los licores más excelentes y a tocar la música. Luego, al otro día, invitó de nuevo al esportillero y continuó con el relato de su segundo viaje en estos términos:

–Temiendo los peligros del ocio, me embarqué nuevamente a comerciar por mares e islas. Arribamos a una cuajada de frutales deliciosos bajo cuya sombra nos pusimos a descansar junto a un cristalino arroyuelo. Allí me quedé dormido, y cuando desperté vi que estaba solo, pues que mis compañeros todos habían levado anclas y partido. Pensé morir de dolor, y me reconvine de haberme metido sin necesidad en más aventuras; pero sacando fuerzas de flaqueza me puse a recorrer con la vista la isla desde lo alto de un árbol, sin descubrir sino agua y cielo, y allí abajo una casita blanca que, de más cerca, resultó ser una gran bola, sobre la que al llegar yo se echó de repente un pajarraco enorme. Entonces me acordé de los relatos que me pintasen antaño al Ave-roc, y comprendí que aquel que se me venía así encima era una de estas aves, y la bola blanca su huevo, sobre el que se puso. No perdí momento; me até lo mejor que pude con mi turbante a una pata del pajarraco, y aguardé buenamente a que me llevase por los aires hasta un valle remoto y profundo como un abismo sin salida, y cuyo fondo estaba materialmente sembrado de toda clase de piedras preciosas, y también, ¡ay! De unas monstruosas serpientes capaces de tragarse a un elefante y que sólo salían de noche, escondiéndose durante el día por temor al Ave-roc. Yo, a mi vez, al llegar la noche me escondí en una gruta, cerrando la entrada con una gruesa piedra. Así que fué de día, salí de mi escondite, vagué aquí y allá por entre tantas riquezas, y mientras descansaba indiferente junto a ellas, vi caer con estrépito junto a mí un gran trozo de carne fresca, y luego otros. Era el caso, tenido antes por mí como fabuloso, que con tal artificio algunos atrevidos comerciantes lograban sacar de él los diamantes y demás piedras, porque cuando las águilas tenían polluelos, venían ávidas por aquellos trozos de carne, en los que, al caer, se incrustaban las piedras preciosas, que luego recogían en los nidos los ingeniosos aventureros **(2)**.

"Aquello fué para mí toda una revelación. En efecto, me apresuré a llenar mi saco de provisiones con los diamantes más gruesos; me até con mi turbante al trozo de carne que me pareció más adecuado y no tardé en salir del inaccesible abismo aquel en las garras de una de las águilas. Pronto también vinieron varios de los comerciantes a espantar las águilas, y su asombro fue inmenso al verme y ver mi riqueza, con la que, después de haber presenciado otras muchas maravillas del

Ave-roc con elefantes y rinocerontes, regresé a Balsora y Bagdad más rico que nunca.”

Con estas palabras, Sindbad despidió al esportillero hasta el otro día, mandando darle mil cequíes de oro.

El tercero de sus viajes fue referido por Sindbad en estos términos, después del tercer banquete:

–Volví a mis viajes, pues que era incorregible, y el ocio ya me consumía, y la tempestad me echó a la isla de los enanos, donde el capitán nos dijo que estos velludos salvajes, más numerosos que la langosta, nos matarían si les hacíamos algún daño. En prodigioso número treparon por mástiles, borda y cuerdas del navío, que acabaron por arrebatarnos, y llevándosele a otra isla de más allá, nos dejaron en ella abandonados a nuestro destino. Todos teníamos nuestra muerte por segura.

“Según íbamos caminando, topamos con un gran palacio con puertas entreabiertas, de ébano, y en el que penetramos sin poder dar un paso más, según era nuestra fatiga. Súbito, se apareció un negrazo terrible, tan alto como una palmera, con un solo y llameante ojo en mitad de la frente, rojo como el fuego, de dientes y garras espantosos. Me cogió entre sus dedazos como si yo fuese una brizna de hierba; pero viéndome tan flaco y desmedrado me dejó, tomando a otro camarada que le pareciera más gordo, y atravesándole el cuerpo con un asador hizo de él la más espantosa de las cenas.

“Frente a semejante peligro deliberamos largamente los restantes acerca del partido que convenía adoptar. Entre tanto, el negrazo se almorzó lindamente a otro de los nuestros y poniéndose luego a roncar como el mayor de los monstruos. Entonces se me ocurrió el poner por obra una cosa arriesgadísima, que fue aprovechar su sueño, meter en el fuego hasta hacerla ascua la punta del asador y con ella saltarle el único y terrible ojo que tenía. Un espantoso grito del ogro conmovió el palacio hasta sus cimientos. Él nos buscó a tientas, pero nosotros nos escondimos aquí y allá en los rincones, pudiendo escapar mal que bien hasta nuestras balsas, a tiempo que otros muchos gigantes como el muerto se lanzaban a perseguirnos, tirando contra nuestras frágiles embarcaciones piedras como casas que sepultaron a todas ellas, excepto a la mía.

“Día y noche pasamos mar adentro en la mayor incertidumbre, refugiándonos al fin los tres que quedábamos en una isla contra la que se estrelló nuestra balsa; pero una serpiente monstruosa, del largo de una palmera, pronto vino por uno de los tres triturándole los huesos y tragándosele como un gazapo.

“Mi compañero y yo apenas si pudimos refugiarnos en la copa de un grueso árbol, donde de allí a poco la serpiente arrebató también a aquél como al otro. Más muerto que vivo, corrí a echarme de cabeza al mar, cuando divisé a un navío, que no tardó en recogerme.

“En el barco libertador abordé a la isla de Salahat, donde se extrae el sándalo. Ya en el puerto uno de aquellos mercaderes, viendo mi desgracia, me invitó a que, para comerciar a mi vez, me incautase de los géneros de otro de sus compañeros, a quien inadvertidamente habían dejado olvidado en una isla, y no hay que decir la alegría que sentí ante aquel milagro.

Dándome a conocer, me abrazó tiernamente, pidiéndome perdón por la involuntaria falta y entregándome una verdadera fortuna.”

Terminó el rico Sindbad su tercer relato, no sin mandar entregar otros cien cequíes de oro al esportillero, quien, en las cuatro noches sucesivas, no dejó de volver puntualmente a escuchar de labios de aquéllos relatos de los otros cuatro viajes suyos siguientes:

–Por cuarta vez salí a comerciar, camino de Persia –continuó diciendo Sindbad–; pero en pleno mar, la tempestad nos hizo zozobrar, perdiendo yo todos mis géneros, y apenas si, abrazado a una tabla, pude ganar la costa de una isla, mientras se ahogaban todos mis compañeros, menos cinco. Unos negrazos de la isla nos repartieron entre sí como esclavos y nos dieron cierta hierba que al punto nos trastornó la razón, y luego nos dejaron comer brutalmente todo cuanto nos venía en gana. Yo, que aún conservaba un destello de razón, comí poco, mientras mis perturbados compañeros un día y otro se atracaban y cebaban, que es lo que deseaban aquellos malvados antropófagos para con ellos hacer sus festines. Luego los negrazos se fueron comiendo a mis compañeros, dejándome a mí por flaco y desmedrado.

“Aprovechando una de las frecuentes borracheras de mis carceleros pude escapar a la ventura, hasta que al octavo día de huída tropecé con gentes blancas que hablaban mi lengua y se ocupaban en recolectar pimienta. Túvelo por buen agüero y les conté mi historia, notando que se desvivían por obsequiarme y complacerme, hasta el punto de que pronto me obligaron a casarme con la hija de su rey, prendados de que yo les había enseñado el uso de los estribos para montar a caballo, cosa allí desconocida. Viví varios meses en unión de mi mujer, pero soñaba siempre con escaparme, cosa en la que me confirmé aún más cuando supe que aquellas raras gentes tenían la mala costumbre de enterrar vivo a uno de los cónyuges cuando moría el otro, y no hay para qué decir que me temblaban los huesos cada vez que mi mujer se ponía enferma. Mis tristes presentimientos se confirmaron al fin, porque en una de dichas enfermedades ésta se agravó en términos que murió.

La perspectiva de ir a ser enterrado vivo me seducía tan poco, como antes la de ser devorado por los antropófagos, así que me dispuse a resistir. Pero todo fué en vano. El rey en persona, seguido de toda su corte, vino a honrarme con su presencia camino del fúnebre viaje. La comitiva, con el cadáver de mi esposa delante y yo detrás, nos acompañó hasta lo alto de una montaña, donde se abría el pozo que les servía para los sepelios. A pesar de que invoqué mi calidad de extranjero, no se me hizo caso, antes bien, luego que bajaron con gran ceremonia el féretro de mi mujer al pozo, me metieron a mí en otro descubierto, con un jarro



de agua al lado y siete panecillos, y me fueron descolgando pozo adentro, a pesar de mis gritos e imprecaciones, cerrando, en fin, la entrada con una enorme piedra.

“Aquel subterráneo era una gruta muy espaciosa, donde me angustiaba más que el hedor de los cadáveres los gritos de los enterrados vivos que, una vez agotadas sus provisiones, agonizaban hambrientos. Al principio me hube de entregar a la más impotente desesperación; pero luego, considerando que el hombre digno debe luchar hasta el fin, saqué fuerzas de flaqueza y, echándome a un lado, comí y bebí de mis provisiones de pan y agua durante algunos días. Ya se habían agotado éstas y me disponía a morir, cuando vi que el pozo se abría y que bajaban detrás de otro muerto a un vivo, a quien yo me apresuré a matar con un hueso de aquellos, para poder prolongar mi vida otros cuantos días más con sus provisiones.

Así, aprovechando otras coyunturas análogas, pasé varias semanas sin acertar a otra cosa que me libertase de mi horrible prisión, hasta que cierto día en que acababa de despachar a una mujer viva enterrada tras su esposo, sentí resoplar a lo lejos de la galería aquella un como monstruo marino, que sin duda subía allí de tiempo en tiempo para devorar los cadáveres.

Seguí, pues, a ciegas aquella especie de sombra, a pesar de los obstáculos que se iban interponiendo, hasta que divisé a lo lejos una como luciente estrella, que era la de una bocana de la cueva que, abierta en la escarpa de la montaña, caía a pico sobre el mar. Hecho este precioso descubrimiento, volví donde los cadáveres; los despojé a todos de sus turbantes y demás telas para hacer de ellos una soga con la que descolgarme y tuve, además, la precaución de hacer un gran fardo con todas las joyas y alhajas de los muertos, porque es de advertir que eran con ellas enterrados.

“Ya en la playa, esperé tranquilamente a que la suerte tuviese a bien depararme y que no podría ser peor, sin duda, que lo que hasta allí me había afligido, y, en efecto, al cabo de tres días divisé un navío, que me recogió. Pasamos luego por varias islas, entre otras la de las Campanas, a diez jornadas de la de Serendib, con habitantes tan bárbaros como los antropófagos, y seis de la isla de Kela, en la que hay minas de plomo, caña de Indias y alcanfor, y abordamos a ella, encontrándonos con un monarca rico y poderoso, donde coloqué todas mis preciosas mercancías, volviendo, al fin, a mi casa rico y feliz tras tantísimas amarguras.

–Los placeres del descanso –continuó otro día Simdbad– no pudieron curarme de tentar nuevas aventuras, así queme embarque otra vez, y el primer sitio donde abordamos en este mi quinto viaje fue a una isla desierta, en la que encontramos un huevo de roc son un polluelo a punto de salir a luz. Los comerciantes, mis compañeros, rompieron el huevo a hachazos y sacaron la cría para asarla, no sin que yo les advirtiese la imprudencia que con ello cometían.

En efecto, no bien le habían comido cuando se presentaron en el horizonte dos como negros nubarrones, que no eran sino los padres del pájaro muerto que venían a vengarle y que pronto, sin darnos tiempo a nada, dejaron caer dos

grandes rocas que traían en sus garras, haciendo astillas nuestro navío. Todos mis compañeros se ahogaron menos yo, que, nadando, pude llegar a la escarpada costa de otra isla. Era esta isla un prodigioso jardín como no le había visto en mi vida; pero mi espanto era grande al ver su silenciosa soledad. Por último, recorriendo aquí y allá la isla vi a la orilla de un río a un anciano que apenas podía tenerse en pie y quien, por señas, me dijo que hiciese el favor de pasarle al otro lado, como lo verifiqué montándole sobre mis hombros. ¡Horrible desengaño!, pues no bien el viejo me tuvo así sujeto, apretó a más no poder sus velludas piernas en torno de mi cuello y pecho y me obligó a servirle de triste cabalgadura, llevándome de aquí para allá a su capricho, sin poderme desprender de él. De día no abandonaba jamás su presa, y de noche se echaba siempre conmigo, agarrado a mi cuello como una lapa, y así seguí esclavizado largo tiempo.

“No sabiendo ya qué expediente inventar para verme libre de aquel vampiro, se me ocurrió coger una calabaza seca, exprimir en ella varios racimos de uva y días después me di trazas a llevar hasta allí al viejo y beberme rápidamente el vino así elaborado, con lo que, olvidando mis penas, llegué, bajo sus vapores, hasta a regocijarme y cantar. Al ver aquel prodigio el viejo quiso hacer otro tanto, y, efectivamente, tomó la gran borrachera, que yo supe aprovechar para desprenderme de él, machacándole la cabeza. Luego caminé hacia la playa, donde encontré las gentes de un navío allí anclado, y cuando les conté mi aventura, me dijeron espantados:

–No ha sido floja, suerte la suya, pues que ha caído entre las manos del Viejo lobo de mar, y usted es el primero a quien no ha ahogado, por ser de una perversidad tan grande que jamás suelta su presa hasta concluir con ella, habiendo sus crueldades con mil y mil infelices dado la más triste nombradía a esta isla, dónde nadie se atreve a desembarcar sino con inauditas precauciones.

“El navío tocó más tarde en una bella ciudad, y uno de sus comerciantes me dió un gran saco, diciéndome que me fuese con él a coger cocos en compañía de los habitantes de la ciudad, pero que, bajo ningún pretexto, dejase de estar siempre con ellos y hacer lo que ellos hiciesen, pues de otro modo peligraría mi vida.

“Llegamos a una gran selva de cocoteros, que era guarida de multitud de monos, a los que tirábamos piedras, y ellos nos respondían tirándonos las nueces de los cocos, con las que llenábamos después los sacos sin la molestia de trepar a los árboles. Luego, con la venta de mis cocos, compré pimienta en Ceilán, madera de áloe en Comorín y perlas en las costas de Malabar, volviendo a casa más rico que nunca.

–Pero, repito, yo no me avenía con la ociosidad –dijo Simbad, continuando con el relato de su sexto viaje–, y en lugar de emprender mi ruta por el Golfo Pérsico me interné por las altas provincias de Samarcanda y de la India, y en éstas me embarqué para una larga navegación, en la que acabamos por perder el rumbo, sin saber ya dónde nos encontrábamos. Una rápida corriente marítima empujaba fatalmente al buque contra una montaña inaccesible, a cuyo pie flotaban restos de mil naufragios, y por cuyas playas se veían abandonados multitud de objetos

preciosos y mucho ámbar gris. Perdido el navío, el hambre fue matando poco a poco a nuestra gente, hasta que yo me quedé solo no sé por qué milagro.

Di sepultura a los últimos muertos y me dediqué con los restos de los barcos allí perdidos, incluso el nuestro, a construir una balsa a la que confiarme río adentro de una extraña corriente que, al revés de los demás ríos; salía del mar y se despeñaba tierra adentro por una obscura gruta. Hecha la balsa, carguéla, cuanto pude de rubíes, diamantes, esmeraldas y ámbar, tan abundantes en la isla, abandonándome en ella a la voluntad de Dios.

“Pronto la corriente me metió bóveda adentro de la gruta, cuyos peñascos a veces me rozaban la cabeza; perdí toda luz, y en las lobregueces aquellas bogué y bogué no sé cuánto tiempo, hasta que agoté mis provisiones y me quedé profundamente, dormido. Al despertar me hallé en medio de una florida campiña, con mi balsa atada a la orilla de un río y rodeado por gran número de negros, cuyo lenguaje no entendí. Uno de los negros que me oyó invocar a Dios en mi propia lengua me entendió, sin duda y me rogó le relatase mis aventuras lo más al pormenor que pudiese, como lo hice, después de haberme dado de comer. Asombrado de mi relato, me hizo conducir ante su rey, Serendib, así llamado por su isla, que cae justamente en la línea equinoccial. Él me colmó de atenciones, no consintió tocar a ninguna de las riquezas de mi carga, que le ofrecí, sino que a ellas agregó muchas, otras de esmeril y perlas, permitiéndome volver a mi patria con una atenta carta de amistad para el califa Harund-al- Raschild, acompañada por especial regalo de un gran vaso ahondado en un solo rubí de medio palmo de altura y lleno de perlas<sup>96</sup>, una piel de serpiente con escamas del tamaño de una onza de oro; cincuenta mil dracmas de áloe, alcanfor y sándalo y una esclava extraordinariamente hermosa, cuajados de pedrería sus vestidos, acreditando la magnificencia de aquel poderoso Sultán de las Indias, en cuya corte había caído de una manera tan feliz como extraordinaria, después de mis amarguras...

–Descansaba una vez más de mis viajes, en medio de la opulencia –continuó diciendo Sindbad el marino a su convidado el esportillero–, no pensando en realizar ya más viajes, cuando recibí recado de que me presentase inmediatamente ante el califa, quien, en justa correspondencia al obsequio y carta del Sultán de las Indias, quería que yo le llevase también sus regalos y su respuesta.

“Me embarqué obediente, y llegué sin contratiempos a la isla de Serendib, donde se me deparó un recibimiento de príncipe, agradecidos a los obsequios de mi califa, consistentes en una cama completa de paño de oro, cincuenta vestido del brocado más rico del Cairo, Suez, Alejandría y Damasco, un vaso de ágata, cuya boca medía medio pie de ancho, representando a un sagitario disparando contra un león, y una espléndida mesa que se decía perteneció al poderoso rey Salomón. De vuelta ya de mi viaje, nos asaltaron en alta mar unos corsarios, que mataron a casi todos después de robarlos y a mí me tomaron como esclavo. El rico comerciante que me compró después me dijo si sabía tirar al arco, y diciéndole que sí me ordenó le cazase algún elefante, como lo hice durante varios meses, hasta que cierto día uno de estos animales me cogió con la trompa, me sentó sobre sus lomos y a todo correr me llevó muy lejos hasta una clara del bosque

cuajada de huesos de sus congéneres, como queriendo significarme con ello que, pues sólo deseábamos el marfil de sus colmillos, cesásemos de destruirlos. Al contarle a mi amo lo ocurrido, me quedó tan agradecido al descubrimiento y consejo, que no sólo decretó mi emancipación, sino que me puso al frente de sus caravaneros y me otorgó la mitad de los productos de aquel tesoro, después de haberme proporcionado una nave que me volviese a mi país. El califa Harund-al-Raschid, por su parte, quedó también tan agradecido a mi embajada, que me colmó de honores y riquezas, tal como ahora me veo...”

Confundido el esportillero por haber murmurado antaño del bienestar de un hombre que tan bien ganado tenía su descanso y sus riquezas, le pidió perdón a Sindbad, quien no sólo se le otorgó sino que le dió otros mil cequíes y siguió sentándole a su mesa.

### COMENTARIOS

Si fuésemos a desarrollar en toda su amplitud el comentario ocultista a los siete viajes de Simbad, tomaría este capítulo proporciones de libro, pues que habríamos de traer aquí docenas de capítulos de los tomos de esta Biblioteca de las Maravillas. Basten, pues, a la intuición del lector algunas de las más fundamentales referencias.

La primera es la de la ballena dormida que toma Simbad por una isla, a la manera de ese otro mito medioeval relativo a la “non trubada isla de San Balandrán” (De Sevilla al Yucatán, II, Parte 2, cap. XIX), en la que los compañeros del santo irlandés también toman por isla una ballena y en ella celebran la Pascua varios años seguidos. Porque esta “ballena de Jonás, o de Ioagnes” que en el mito bíblico se traga al candidato y le devuelve en la desolada costa de este mundo, al cabo de tres días, no es sino “el antro iniciático”, la “cámara de reflexiones”, “el desierto” en que Jesús es tentado tres veces antes de comenzar su predicación, etc., etc. Allí, según relatan tantos viajeros, cerca de las solitarias y desoladas regiones del Desierto del Gobbi, oye el candidato que las “campanas astrales” y la armonía de las “arenas musicales”, de las que habla en su obra de viajes el coronel Jule (De gentes del otro mundo, cap. I).

En el segundo viaje torna a aparecer la célebre Ave-roc que ya vimos en el mito de Aladino y con idéntica significación ocultista, sobre la que no habremos de insistir. La posesión de innumerables y aladinescas riquezas es la consecuencia; pero el héroe no se da por satisfecho –¿quién, jamás, puso límites a la ansiedad humana?–, y emprende el tercer viaje, en el que, por vez primera, a los “enanos”, o sea a los gnómos terrestres, que de todos los entes del mundo astral, o mejor dicho etéreo, son los menos invisibles, por hallarse casi en el límite de nuestra

percepción visual ordinaria, como saben los ocultistas, y nos lo hubo de decir simbólicamente en sus "Viajes de Gulliver" la musa novelesca de Swift. Para llegar hasta semejante "mundo de los jinas" encuentra antes el héroe "a la serpiente enroscada al árbol", es decir, ve y aprende la "ciencia del Bien y del Mal", o sea el prohibido "Árbol del Paraíso", simbolizado en la Tau con sus dos serpientes (Agathodemon y Kakodemon), formando el emblemático caduceo de Mercurio, que se ostenta en el sello de la Sociedad Teosófica. Tras los "enanos" de este tercer viaje vienen lógicamente los "gigantes o cíclopes", sobre cuyos detalles no tenemos por qué insistir, ya que Homero, inspirándose en Las mil y una noches, o más bien en los cuentos primievales de los que éstas tomaron origen<sup>97</sup>, nos describe maravillosamente las aventuras de Simbad-Ulises con el cíclope Polifemo en su Odisea. Estos cíclopes, por otra parte, no son sino los "terribles-hombres-monstruos" de las tres primeras Rondas, los de que nos habla el tomo II de La Doctrina Secreta, y el Árbol en el que Simbad se refugia no es sino el de Bodhi o de la Sabiduría hermética antedicho. Por eso "Salta", la isla en que se salva, es la "Talasa" de ciertas iniciaciones.

El viaje cuarto, a su vez, simboliza la caída o "descenso a los infiernos" (lugares inferiores) de todos los candidatos, antes de su iniciación, descenso operado por Orfeo para salvar a Euridice, Perseo para rescatar a Andrómeda, Pitágoras, Jesús, etc., etc. En semejantes "caídas" a lo Lucifer-Satán, triunfa un momento la materia, para de aquélla surgir triunfante y "resucitado" el espíritu. La "Éuridice" de este Simbad, por supuesto, es aquella hija del rey "a quien enseñara el uso de los estribos", o sea la firmeza y equilibrio de la Justicia, justicia sin la cual no se puede alcanzar a esa "Dama" trascendente simbolizadora de la Divinidad en el hombre; como veremos pronto en el "Libro de los caballeros andantes". La residencia temporal en el "mundo infernal de la caída" está representada asimismo en el enterrado vivo de Sindbad "con el cadáver de su esposa", o sea el adormecido espíritu de todo hombre mientras permanece en este nuestro mundo físico. Con todo ello, una vez más, retorna el subterráneo de Aladino y aumentan más y más las riquezas del héroe, no ya vanas riquezas materiales, sino las infinitamente más valiosas que suponen los nuevos conocimientos adquiridos.

El terrible viejo-vampiro, cabalgando eternamente sobre los hombros del cuitado Sindbad, por haber éste roto a destiempo el "huevo" o "Velo" de la espiritualidad, es la representación genuina de esotro hombre bestial que todos llevamos sobre nuestros hombros, a la manera de la valva del molusco o bien del

espantoso peñasco de Sísifo. Este “Habitante del Umbral”, con tan vivos colores descrito en el Zanoni, de Bulwer Litton, es el “ángel” hijo de nuestro Karma que nos sale siempre al paso cuando queremos realizar cualquier empresa redentora, al modo de aquel que se le opone a Moisés antes de conducir a su pueblo hacia la tierra prometida, o esotro que tienta a Jesús en el desierto antes de que comenzara su predicación. El único medio de librarse de tamaño “enemigo íntimo” es el Vino Eucarístico de la espiritualidad, vino cuyos efectos no puede soportar el malvado vampiro, prototipo de cuantos elementales nos tientan, nos obsesionan y nos posesionan en forma de otros tantos vicios, y es un hecho ocultista que semejantes perversos, en los casos extremos de posesión o locura, no sueltan su presa –el alma humana– hasta mucho después de libertada ésta del cuerpo con la muerte física.

Por su parte, el sexto viaje del héroe es una alusión clara a los sitios de Samarcanda, Ladakh, India, etc., donde puede adquirirse el Conocimiento iniciático desde los comienzos de la raza aria. Allí está, en efecto, el único “paso” para la “Montaña inaccesible” tibetana, en cuya demanda espiritual tantos candidatos fracasasen naufragando en las playas de la Magia negra, ya que no en las humanas del vicio.

La salvación del héroe se cifra en la balsa o “nave” que él mismo se construye con su esfuerzo titánico para no ser sumergido y arrebatado en la corriente de la “Luz Astral”, cuyas aguas son el propio y temido “torrente de la vida”. El despertar de tamañas tenebrosidades peligrosas se opera al fin en los “Campos Elíseos” o de “Helios”, el Sol –Devachán, Cielo, Amenti, etc., de otras teogonías–, con lo que el héroe queda ceñido por los laureles de la inmortalidad, y ya en su séptimo y último viaje triunfal puede “ir de embajador a Serendib”, no sin que le salgan al encuentro, ya como verdadero “maestro iránico” que está constituido desde el viaje anterior, “los tres ladrones y los tres asesinos” que quieren arrebatarse su sagrado Tesoro, con arreglo a un conocidísimo y sublime mito que también se ve en Hillel y en los Evangelios, tesoro espiritual mil veces más valioso que todos los de Aladino y Sindbad y que cuantos lega el famoso Abate Faria a Edmundo Dantés en la conocida obra de A. Dumas El Conde de Montecristo. De la casta de tales “ladrones” es, en fin, aquel otro del comerciante “Ali-Cogia y su barril de aceitunas”, que vemos en los textos y sobre el que, por su escasa importancia ocultista, no nos habremos de detener.

Los viajes iniciáticos de Sindbad, en fin, tienen su equivalente ocultista en el lindísimo cuento que sigue:

### **El príncipe Ahmed y el hada Peri-Banú**

Tres príncipes hermanos se enamoraron de la misma princesa, y para fallar su pleito el sultán les envió a los tres por el mundo para que volviesen al cabo del año con alguna cosa extraña y rara. El que aportase la cosa más admirable y valiosa recibiría en galardón la mano de la princesa. Al cabo del año cada cual volvió con su preciosidad, es a saber: el segundo hermano con una alfombra – ¿aeroplano?–, con la que bastaba colocarse sobre ella y pronunciar cierto conjuro para ser arrebatado por los aires y llegar al sitio que se quisiera; el hermano mayor traía un espejo mágico, adquirido en Persia, en el que bastaba mirar para ver las cosas más remotas en el espacio o en el tiempo, y el tercero, que era Ahmed, una manzana, como las famosas de la Freya escandinava o las no menos célebres del jardín de las Hespérides, cogida en el valle del Sogda<sup>98</sup>, uno de los cuatro ríos del Paraíso, que bastaba darla a cualquier enfermo para que al punto recobrase la salud. Los tres hermanos, al finar el año, se reunieron en una ciudad muy distante aún de la Corte y se comunicaron sus adquisiciones respectivas; pero cuál no sería su dolor cuando, al ensayar el espejo mágico del mayor, vieron con él que agonizaba por momentos la princesa tan codiciada por los tres. Al punto vuelan los hermanos rápidos como el rayo en la alfombra del segundo y gracias a la manzana del tercero logran restituir la salud a la princesa.

Perplejo el sultán, porque sin cualquiera de las tres cosas su hija había muerto, remite el otorgar su mano a la prueba del arco, tan común entre todos los pueblos antiguos. La princesa casaría con aquel que arrojase más lejos su flecha<sup>99</sup>. La del primer hermano va lejísimos; pero la sobrepuja aún el segundo. La del tercero, sin embargo, va tan lejos que llega a perderse en la lontananza, sin que nadie alcanzase a encontrarla. El sultán concede, pues, la princesa al segundo, y mientras el primero se retira a un cenobio, el tercero, creyéndose injustamente preterido, se aleja de la Corte, errante a la aventura.

Aquí llega una nueva historia de los consabidos subterráneos de los jinas. El príncipe Ahmed, en efecto, a vueltas de mil penalidades por todo lo descubierto de la tierra, marchando siempre adelante, como marcharse debe por el camino de la perfección, cayó exhausto, al fin, junto a unas enhiestas y retiradas rocas, a cuyo pie vió caída la flecha de su esfuerzo. Ella había dado ciertamente en el blanco, pues que había abierto de par en par una estrecha puerta de hierro sin cerradura en lo más raso de aquellas rocas ocultas a las miradas del mundo... Penetra el príncipe lleno de resolución a lo largo de aquellos maravillosos subterráneos, y sin detenerse en sus riquezas infinitas descubre al Hada de su Amor; a la incomparable Peri-Banú, a cuyo lado conoce por vez primera el verdadero Amor trascendente que inspirar no puede ninguna mujer en el mundo, y pasa una existencia feliz al lado de su Adorada.

La voz del deber y de la sangre recuerda al fin al príncipe que ha dejado a su padre y a sus parientes en este bajo mundo, y recaba del hada permiso para volverlos a ver, a condición, sin embargo, de que no hable al sultán de su casamiento, ni del retiro en que ambos viven tan ricos y felices. Poco a poco

menudean las visitas del príncipe al reino de su padre, hasta que la envidia cortesana, excitada por un fausto como el del príncipe de tan ignorado origen, apeló a la necromancia y violó el secreto del retiro de los dos superhumanos amantes. El padre comienza entonces a pedir a su hijo verdaderos imposibles, que mágicamente, sin embargo, son realizados al instante por los genios servidores de la inmortal pareja y, por último, solicita nada menos que el conocer a uno de estos genios, a su rey, Schaibar o Kabir, hermano del Hada, quien cae entonces sobre el reino y realiza sobre todos los delincuentes aquellos una justicia cual la de la Atlántida, o su émula Sodoma.

Hasta aquí el mito. Su explicación en el próximo capítulo.

(1) Los nombres de “Sind-bad” y de “Hind-bad” que emplea el texto de Mardrús para los dos personajes de este cuento inmortal revelan claramente el primitivo abolengo ario-hindú del mismo. “Sind”, en efecto, es el nombre antiguo del Ganges, e “Hind”, el antiguo nombre del Indo, por manera que la riqueza actual de aquel personaje Sindbad y la pobreza presente del sportillero Hindbad no son sino el contraste ocultista entre los tesoros de la India Gupta u oculta gangética y la inopia ocultista de los parsis, cuyas cunas del Paropamiso, la Sodgiana y el Penjab están ligadas, Como es sabido, con el río Hind o Indo. Una variante, en suma, del contraste entre el Brahmâ ario y el Abraham (o no brahmán) semita, o la de los Suras (ángeles) y los Asuras (o demonios), etc.

Sind-bad es, además, la contracción del Sind-abad árabe, o sea literalmente “el abuelo, el maestro del Ganges”, por cuanto la palabra “aba” o “ava”, de la que deriva la de “abad” o “maestro espiritual y jefe”, equivale a la de “taarabuelo” o “antepasado”.

(2 Aquí no hay sino un símil expresando el efectivo hecho de que para que el hombre pueda obtener los tesoros de la inmortalidad ha de “atarse” o ligarse a la carne, con las reencarnaciones sucesivas, para que el Ave-roc del espíritu pueda arrebatarse luego a las excelsas regiones donde yacen los “tesoros inmortales”).

EL VELO DE ISIS  
Mario Roso de Luna